



Barcelona

50 lugares con encanto





• *Col·lección Iris* - 6 •

Barcelona

50 lugares con encanto

Texto
JOAQUIM ROGLAN LLOP

Fotografías
JORDI LONGÁS MAYAYO

ediciones
Lectio





Primera edición: noviembre de 2011

Edita: Lectio Ediciones
C/ de la Violeta, 6 - 43800 Valls
Tel. 977 60 25 91
Fax 977 61 43 57
lectio@lectio.es
www.lectio.es

© de los textos: Joaquim Roglan Llop
@ de las fotografías: Jordi Longás Mayayo
© de la edición: Lectio Ediciones

Documentación: María Jesús Pedrosa Ribó

Diseño y composición: Imatge-9, SL

Impresión: Formes Gràfiques Valls, SA

ISBN: 978-84-15088-21-9

Depósito legal: T-1.166-2011



Índice

1. La Diagonal
moderna 18



6. Drassanes
y Museo Marítimo.. 28



11. Catedral,
Casa de l'Ardiaca
y Museo Marès 38



2. Petritxol.....20



7. La Rambla..... 30



12. MNAC 40



3. Las plazas
de Gracia22



8. Santa María
del Mar 32



13. Fundación
Miró.....42



4. Avenida
del Paral·lelo.....24



9. Sagrada
Familia 34



14. Laberinto
de Horta 44



5. Paseo
de Gracia 26



10. Monasterio
de Pedralbes 36



15. Parque del Castell
de l'Oreneta.....46





16. Parque Güell..... 48



22. Calle Montcada 60



28. El Born..... 72



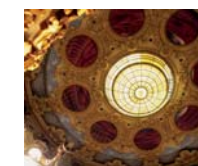
17. Parque de la Ciudadela..... 50



23. Camp Nou..... 62



29. Gran Teatro del Liceo..... 74



18. Parque Cervantes 52



24. Palacio de la Música..... 64



30. Mercado de la Boquería..... 76



19. Monte Táber 54



25. Estación de Francia 66



31. La Diagonal clásica 78



20. Biblioteca Nacional de Cataluña 56



26. Barrio del Pi 68



32. Plaza Real 80



21. Hospital de Sant Pau..... 58



27. El Call..... 70



33. Mercado de San Antonio..... 82





34. Zoológico, Museo de Ciencias Naturales y Aquarium..... 84



40. Teleféricos del Puerto y Montjuïc 96



46. Pueblo Español .. 108



35. Zona Fórum..... 86



41. Tramvia Blau y funicular..... 98



47. Romería de San Medir 110



36. Las golondrinas ... 88



42. Tibidabo 100



48. Fiestas de la Merced..... 112



37. Monumento a Colón..... 90



43. Fuente Mágica de Montjuïc 102



49. Feria de Santa Lucía 114



38. Las nuevas playas..... 92



44. Anilla Olímpica..... 104



50. Diada de Sant Jordi..... 116

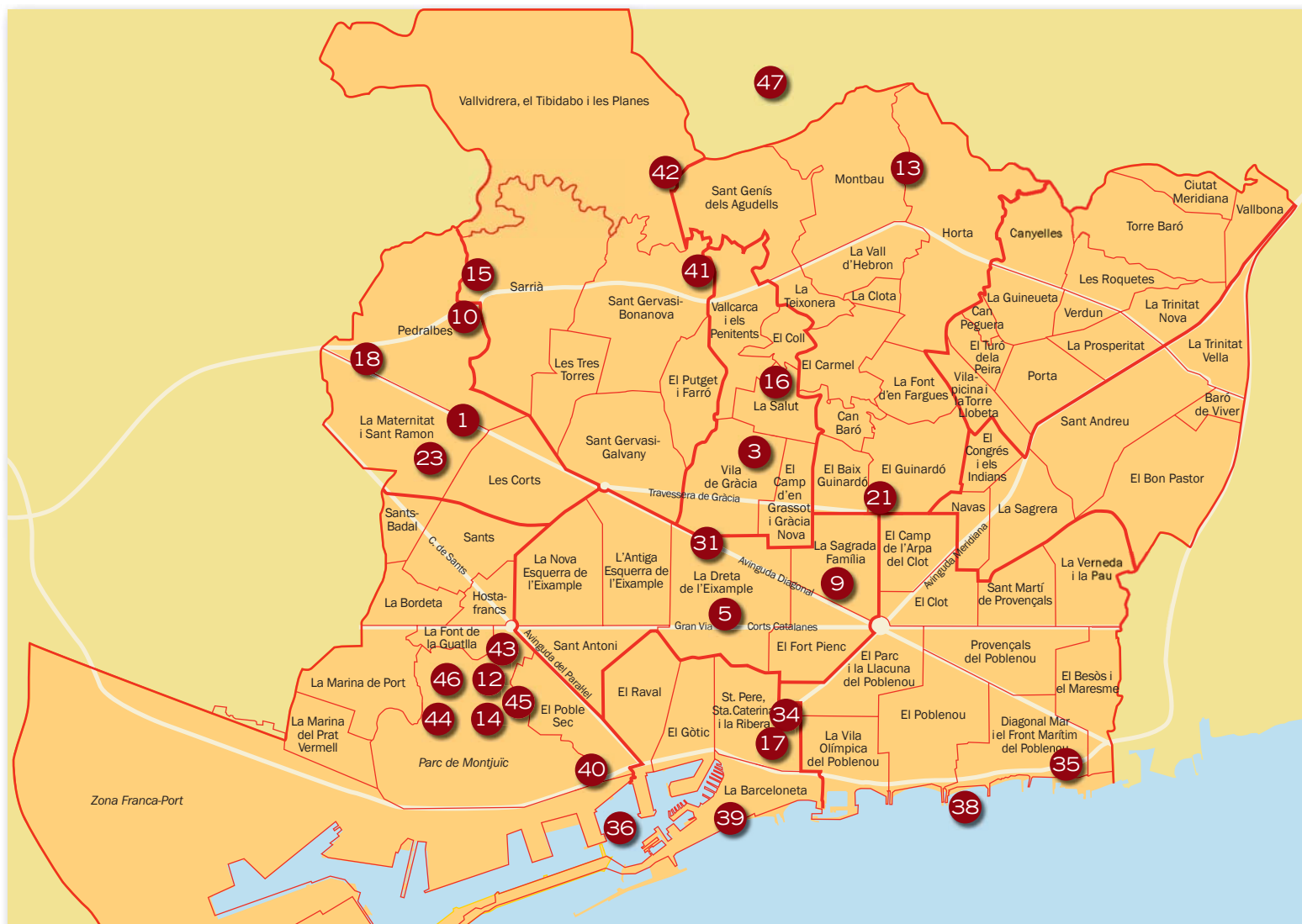


39. La Barceloneta 94



45. Teatre Grec y Ciudad del Teatro. 106





1. La Diagonal moderna
2. Petritxol
3. Las plazas de Gracia
4. Avenida del Paralelo
5. Paseo de Gracia
6. Drassanes y Museo Marítimo
7. La Rambla
8. Santa María del Mar
9. Sagrada Familia
10. Monasterio de Pedralbes
11. Catedral, Casa de l'Ardiaca y Museo Marès
12. MNAC

13. Fundación Miró
14. Laberinto de Horta
15. Parque del Castell de l'Oreneta
16. Parque Güell
17. Parque de la Ciudadela
18. Parque Cervantes
19. Monte Táber
20. Biblioteca Nacional de Cataluña
21. Hospital de Sant Pau
22. Calle Montcada
23. Camp Nou
24. Palacio de la Música
25. Estación de Francia

26. Barrio del Pi
27. El Call
28. El Born
29. Gran Teatro del Liceo
30. Mercado de la Boquería
31. La Diagonal clásica
32. Plaza Real
33. Mercado de San Antonio
34. Zoológico, Museo de Ciencias Naturales y Aquàrium
35. Zona Fórum
36. Las golondrinas
37. Monumento a Colón

38. Las nuevas playas
39. La Barceloneta
40. Teleféricos del Puerto y Montjuïc
41. Tramvia Blau y funicular
42. Tibidabo
43. Fuente Mágica de Montjuïc
44. Anilla Olímpica
45. Teatre Grec y Ciudad del Teatro
46. Poble Español
47. Romería de San Medir
48. Fiestas de la Merced
49. Feria de Santa Lucía
50. Diada de Sant Jordi

Cincuenta lugares con mil y una historia

Ya lo escribió y advirtió Fernando de Rojas en *La Celestina*: "La ciudad es un derribar y construir de edificios." Y un locutor de Barcelona, llamado Don Pollo, repetía por la radio: "La ciudad es un millón de cosas." En este libro no hay un millón de cosas de Barcelona. Sólo hay cincuenta lugares. No obstante, quien tenga el instinto de la curiosidad básica para verlo y leerlo, hallará más de mil y una historias para entretenerse en casa o en las calles de la ciudad. Son cincuenta lugares de mucha belleza, de gran interés y de sugerentes encantos que abarcan desde antes de que existiese Barcino hasta hoy. Además, como no se trata de una guía turística, son espacios abiertos a que cada persona los complete con sus conocimientos, con sus sensaciones, con sus recuerdos y con sus fantasías, porque son también cincuenta lugares fantásticos. Grandes o pequeños, invitan a practicar una de las aficiones más características y apreciadas de los barceloneses. Consiste en *badar*, palabra catalana que significa algo así como quedarse encantado o embobado mientras se contempla una cosa.

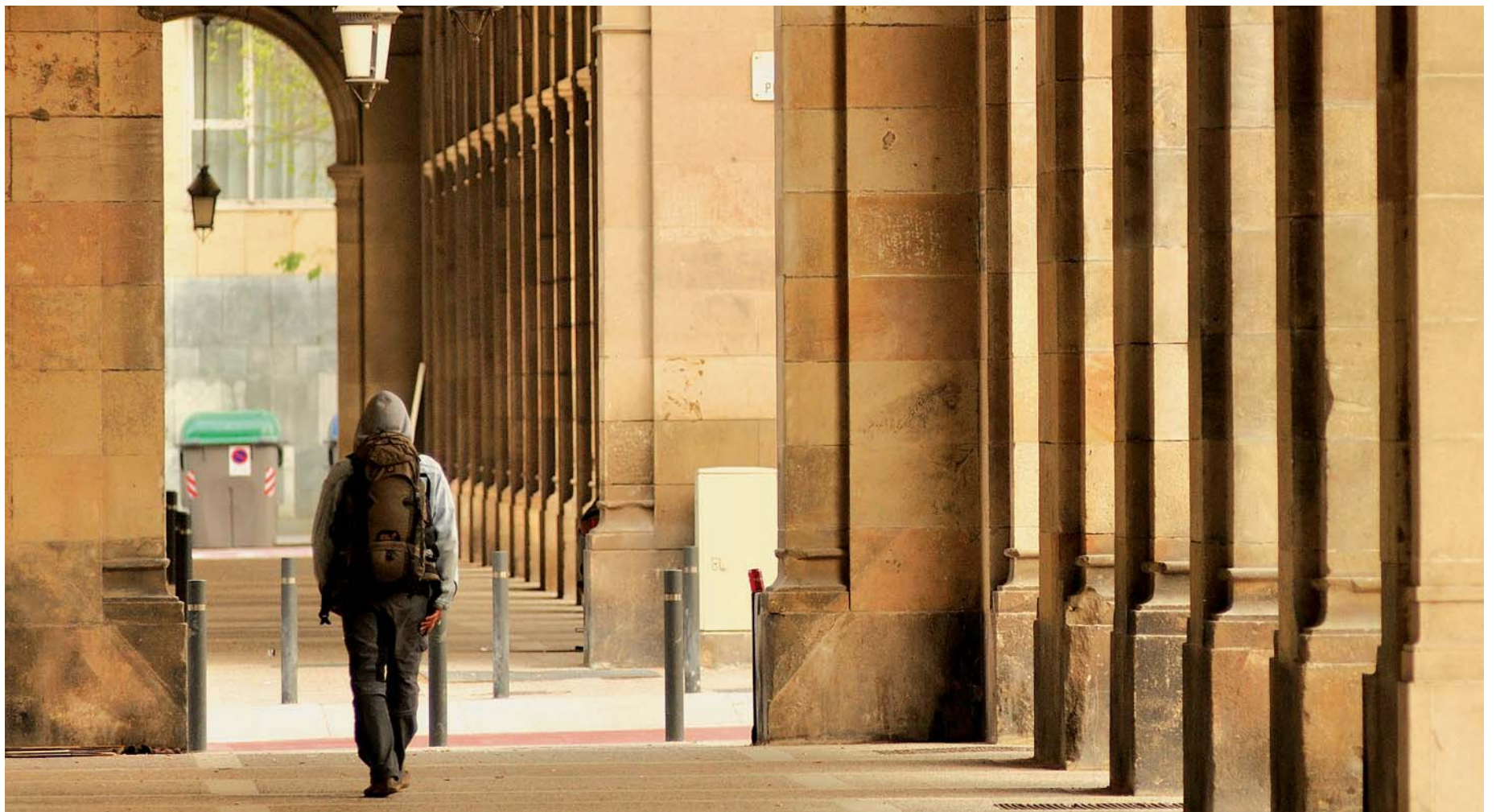
Seleccionados para pasear despacio y con la mirada y la mente abiertas, estos lugares son algunos de los más representativos del aliento vital de Barcelona. Por si fuese poco, forman parte del patrimonio sentimental de los barceloneses, muy dados también a pasear con calma entre el ruidoso trasiego de una ciudad que tiene un proverbio que dice: "Barcelona es buena si la bolsa es buena", y al que otros nativos añaden "tanto si suena como si no suena, Barcelona es buena". En ambos supuestos, a los barceloneses les gustan los paseos desde antes de que existiese su mítica Rambla o sus emblemáticos paseos de Gracia, de Colón, la Gran Vía y el Paralelo, donde surgieron la luz eléctrica, el Broadway

catalán, la calle del Pecado y la ciudad que fue llamada la Sodoma y Gomorra de Europa.

En cuanto a los parques y jardines, no fue posible deambular por ellos porque no los hubo hasta que se derribó la Ciudadela, cuando la Exposición Universal de 1888 y se convirtió en un parque con un paseo al estilo de los Campos Elíseos y un arco de triunfo de espíritu parisinos. Llegaron luego otros parques llenos de atracciones y de atractivos, como los del Tibidabo y Montjuïc, pero el parque de la Ciudadela es el más significativo, ya que, entre otras cosas, allí luce la escultura de *La Dama del Paraguas*, que es otro símbolo de la ciudad y de las más elegantes damas que por ella pasearon, pasean y pasearán. Porque cada rincón que aparece en este libro es también una serie de pinceladas cotidianas sobre la gente de Barcelona y sus más enraizadas costumbres y tradiciones, incluida la de no estar nunca todos de acuerdo en los cambios que vive la ciudad. Esa tradición de discutirlo todo es una de las consecuencias propias de una metrópolis del siglo XXI que combina una embelesada mirada hacia lo internacional con un acendrado localismo.

Con sus virtudes y sus defectos, Barcelona es, básicamente, las cosas que pasan en sus calles y esa vida cotidiana que discurre entre monumentos y edificios de gran valor histórico, artístico, cultural y sentimental. Ciudad con playas donde antaño las mujeres eran encarceladas por lavarse en la playa, llegaron después las piscinas, los balnearios y los restaurantes de la Barceloneta, barrio de pescadores casi ya sin pescadores. De ahí que en cada uno de estos cincuenta lugares se compruebe que en Barcelona todo pasa y todo queda. Desde el llamado Manchester Catalán, que





En los bellos Porches de Xifré, nació la ciudad señorial y neoclásica.

fue el viejo Poblenuu y actualmente es la Vila Olímpica, hasta la metrópolis *fashion* y *cool* de las revistas de diseño y la meca del turismo de masas. Capas sobrepuestas de presente y de pasado forman una mixtura que ha trasmutado aquella urbe romana que se estableció en el Monte Táber y plantó ese pino eterno que hay en la plaza del Pi.

Ciudad de ciudades porque fue absorbiendo villas y municipios como Gracia, Sant Andreu, Sants, Sant Gervasi, Les Corts y tantos como la circundaban más allá de los restos de sus antiguas murallas, este medio centenar de lugares demuestran también que, tal y como dedujo Manuel Vázquez Montalbán, no hay una Barcelona, sino muchas Barcelonas. De igual modo que no hay una Rambla, sino siete Ramblas que van a dar a la mar. Pero entre tantas y tantas cosas que el tiempo se llevó, subsisten y coexisten

antiguas y venerables piedras con edificios llamados inteligentes y neotecnológicos. Siempre entre obras y construcciones, siempre cambiando sus paisajes, la ciudad se extiende más allá de sus límites a través de avenidas como la Diagonal o la Meridiana, que más o menos resiguen el trazado de las vías romanas que la unían a la Tarraco imperial y a la Emporion griega. Atrapada entre dos montes más altos que su horizonte, como son el Tibidabo y Montjuïc, la ciudad ha visto cuán alargada es la sombra de algunos edificios aun más altos, a pesar de que son dos enclaves con auténtica y bien merecida fama de mágicos. En cuanto a la sierra de Collserola y Vallvidrera, no quedaron al alcance de la mano hasta que se inventó el funicular. Y más allá del puerto, de las golondrinas, de los cruceros turísticos y de la mar, Barcelona también deglutió y urbanizó la isla de Maians, que estaba por donde

residió Don Quijote durante su visita, así como los arenales que llegaban hasta la maravilla gótica de Santa María del Mar.

Rebautizada como prodigiosa gracias a las exposiciones de 1888, de 1929 y a las Olimpiadas de 1992, Barcelona es una ciudad de fachadas, según la definió el pensador Miguel de Unamuno. Para constatarlo, basta con contemplar la del Palacio de la Música, la de la Pedrera, las que conforman la Manzana de la Discordia y la de la Sagrada Familia, por ejemplo. Hijas todas ellas del progreso y la pujanza económica combinadas con algún delirio visionario y estético, albergaron a esos ilustres vecinos que vestían de gala en la platea del Gran Teatro del Liceo. Sus antepasados fueron, probablemente, los mismos que patrocinaban las justas, torneos y desenfadados bailes de carnaval allá donde luego se elevó el mercado del Born, muy cerca del llano donde se ahorcaba a los reos. Como una metáfora de un paseo por la vida, por el amor y por la muerte, calles y callejones de luces y sombras conducen hasta la basílica de la Merced, patrona de la ciudad, aunque muchas personas discrepan y prefieren que lo fuese Santa Eulalia. Sin olvidar a Santa Lucía, que es la que conserva la vista junto a la catedral, ni a su Cristo de Lepanto, que tiene más que demostrada imagen de milagroso.

Después del fervor, y para alegrar los cuatro días y tres noches que dura la vida, la ciudad cuenta también con fiestas, ferias y romerías que discurren por sus calles. Algunas son la de la Merced, la de San Medir, la de Santa Lucía, la de San Jorge, la de San Juan y las de las villas de Sants y de Gracia, que atraen y seducen a personas de las más diversas procedencias. Al igual que antaño ya lo hacían las alfombras de flores durante el Corpus y aquel increíble huevo que todavía baila cada año sobre el surtidor de una fuente en el exquisito claustro de la catedral.

Con tanta festividad de por medio, mercados singulares como los de la Boquería, Santa Catarina y San Antonio dejan a los visitantes boquiabiertos, despiertan el apetito y son una incitación a la gastronomía tradicional y de vanguardia. Aunque a la hora del postre, la tradición manda acercarse a la calle Petritxol, que es la más dulce de la ciudad, ya que en ella se establecieron sus primeras chocolaterías y pastelerías. De natural goloso, los habitantes de Barcelona asocian sus fiestas con los dulces, cosa que ha contribuido a alimentar el mito de la dulce Cataluña. Porque si en el año 1887 Barcelona tenía 272.481 habitantes, en la primera década del presente siglo la ciudad y sus tentáculos metropolitanos concentran tres cuartas partes de los siete millones de personas

que viven y trabajan más o menos en Cataluña, así como otros cuantos millones de turistas y forasteros que la visitan cada año.

"Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades y en sitio y en belleza única", la describió Don Quijote. Mucho ha llovido y mucho ha cambiado todo desde entonces, pero los cincuenta lugares que en estas páginas se describen conservan bastante de todo ello. Presentados como rutas, a veces sin aparente orden ni concierto, quien haya tenido la paciencia de leer hasta aquí habrá intuido que lo más sensato y aconsejable es deambular por la ciudad sin un rumbo demasiado fijo, al igual como a veces la mirada deambula por las hojas de algún libro bien ilustrado. El resto consiste en dejarse llevar por los sitios y en observar las cosas y las personas que pasan por cada entorno, imaginar lo que hubo y mirar lo que hay. Porque no se trata de conocer a fondo una ciudad tan grande y complicada que nadie conocerá jamás a fondo por muchos años que en ella viva. Se trata, tan sólo, de ejercer de barcelonés, que viene a ser lo mismo que andar entre encantado y despistado en busca de remansos de tranquilidad que favorezcan la otra afición de darle vueltas a la cabeza.

De este modo, se verán no sólo cincuenta lugares, sino también qué hicieron y qué hacen, y cómo viven y vivieron los barceloneses y quienes les visitan. Para ello, bastaría con fijarse en las mansiones y palacios donde vivían aquellas señoras y señores de Barcelona que se lo podían permitir y se vestían cada día de diferentes modos y según la ocasión: para ir de visita, para pasear, de ceremonia, para salir de noche... Ahora, tal vez vean por allí carteles que recuerdan que no hay que andar por la ciudad como si fuese una playa tropical. Con larga fama de sobria y elegante, el paisaje humano de Barcelona ha perdido el frac, la capa, la levita, el corsé y hasta el sujetador. Y si antes el Liceo fue el gran escaparate del lujo, ahora el espectáculo lo ofrecen personas que circulan por las calles casi tal y como el ginecólogo les trajo al mundo. En todo caso, algunos espacios de la ciudad aún salvaguardan su espíritu romántico, melancólico y más sugerente que explícito.

"La gran encisera" ('embruadora'), la llamó el poeta Joan Maragall. Y tenía razón, porque hay lugares con cierto embrujo que seduce, aunque otros ya no huelan a los antiguos "perfumes de dulce miel" que relataban los cronistas y que desprendían las callejuelas del Barrio Chino, allá por los extramuros y el arrabal. Como también han desaparecido los efluvios de platos tan

barceloneses como el *capipota*, el *bacallà a la llauna*, la *escudella*, el arroz con conejo, las tripas a la catalana o las tortillas de alubias entre tanto olor a cocina exótica y tanta cocina de deconstrucción masiva. De una ciudad que tuvo a *La Dama del Paraguas* como emblema, pero la modelo real del escultor fueron las carnes y los huesos de una señorita de Reus, se puede esperar cualquier cosa, por contradictoria o curiosa que pueda parecer.

Desde una mágica fuente luminosa y musical en Montjuïc, hasta la memoria del blanco, peludo y difunto gorila Copito de Nieve en el Zoo, a los inquietantes tiburones del Acuario. En una ciudad con más bares, cafés, tabernas, cervecerías, fondas, hostales y hoteles que bibliotecas y librerías, toda sorpresa y toda paradoja son posibles. El ensanche burgués de una burguesía que ya no lo es tanto y cada vez menos. Un barrio chino poco recomendable cerca de un barrio judío prácticamente arrasado y desaparecido en tiempos de infamia e intransigencia. Varios de los mejores museos del mundo, como el Picasso, la Fundación Miró y el MNAC, aunque cada uno de ellos cuente con menos visitantes que el estadio del Barça. El hospital modernista de Sant Pau, declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO y donde extrajeron una muela a Buffalo Bill e intentaron curar a varios indios de su espectáculo. El Laberinto de Horta, con la estatua de Eros en el centro y sus cuentos y leyendas de pícaras fiestas aristocráticas con monarcas incluidos. El monasterio de Pedralbes, con sus monjas y sus melosas yemas de Santa Clara. La biblioteca gótica más bonita de todas las bibliotecas, aunque mucho antes fue hospital de infecciosos. Las Drassanes ('atarazanas') desde donde se hacían a la mar los buques que dominaron el Mediterráneo durante aquella enorme y delicada Edad Media, cuando se decía que todos los peces llevaban las cuatro barras.

Porque, al fin y al cabo, Barcelona fue y es una ciudad portuaria desde que los romanos entraron por el mar y la llamaron *Barcino*, abreviatura latina que, según otra leyenda, significa 'barca nueva'. A partir de ahí, creció la urbe tierra adentro, y el paso de los siglos junto a una privilegiada situación geográfica convirtieron el puerto de Barcelona en la clave del desarrollo económico de Cataluña. Consolidado a finales del siglo pasado como centro mundial de recepción de mercancías, gracias a los Juegos Olímpicos de 1992, el puerto se abrió a la ciudad con el Port Olímpic, el Maremagnum, el World Trade Center y otras construcciones dignas de verse desde lo alto del teleférico, a bordo de una de aquellas golondrinas pensadas para pasear sobre el mar, o desde el

mirador que hay en la cima del monumento a Colón, cuyo dedo no señala hacia América, por muy raro que parezca.

No menos legendaria fue la primera entrada a Barcelona en tren allá por donde hubo los antiguos fosos de la Ciudadela. En el año 1848, el ferrocarril de Barcelona a Mataró, primero de la Península Ibérica, arrancó de una estación pintada de rojo des-teñido, cerca de la desaparecida plaza de toros de la Barceloneta. Años después, se elevó allí la estación de Francia, que debía inaugurarse en 1888 y no se inauguró hasta 1929, pero que sigue siendo un monumento al lujo y al señorío de la arquitectura del hierro, de la madera noble, de los mármoles relucientes y de las vidrieras decorativas. Cerca de ella y casi del mismo estilo, está el mercado del Born, que era donde la ciudad llenaba su vientre, y es otra fascinante obra férrea bajo la cual han aparecido más y más restos de la ciudad romana, que revalidan el refrán que dice: "Rueda el mundo y vuelve al Born."

Por todo ello, una ciudad con más de mil años y millones de matices ni puede ni debe resumirse en cincuenta lugares, ni en una relación de sus grandes efemérides, ni en un catálogo de sus monumentos, ni en una cronología estricta, ya que nada de eso tendría sentido si las personas que viven y que andan por la ciudad no sienten amor por sus viejas piedras y curiosidad por lo que ellas han presenciado, mudas e inmutables, en el transcurso del tiempo. De ahí que éste sea un libro breve, dedicado a personas a las que con pocas palabras basta. Deslizar la mirada por estas hojas es ver pasar el tiempo, seguir las huellas de los antepasados, asistir a los cambios del paisaje, transitar sobre algunas tragedias y revivir muchas alegrías sin esa visión urbanícola que lo reduce todo a una colocación más o menos afortunada de casas, calles y plazas. Más bien al contrario, se ha buscado siempre el factor humano, sin que los datos históricos sepulsen en el olvido a algunas de las personas y personajes que hicieron posible la ciudad y que caminaron por los mismos rincones que camine quien lo lea.

Porque los lugares que hay en este libro son una mezcla de la Barcelona que no se enseña en cuatro horas a los turistas japoneses a bordo de un autocar y de cosas que desconocen hasta los propios habitantes de la ciudad. Son paseos y caminatas por el presente y por el pasado entre antiguos caminos y modernos bulevares, pasando por mercados, recordando mitos... No son lecciones de historia o de arte, sino narraciones de detalles a veces ocultos en las piedras por donde tal vez se ha pasado cientos de veces y alguien no se ha fijado debido a las prisas, a la rutina o



La ciudad es una suma de sus perfiles y sus horizontes.

porque, simplemente, se miran las cosas mientras se está como en Babia. Se trata, también, de que quien lea o pasee se quede con ganas de saber más sobre cada lugar.

De este modo, se deambule sea por el lugar que sea, se respirará la atmósfera vital de Barcelona, que es la de una ciudad mediterránea y portuaria donde mar, cielo, clima, historias, leyendas,

calles, plazas, jardines, playas, monumentos, comercios, fiestas y costumbres llevan marcados algún signo o recuerdo placentero. Entre pagana y puritana, entre discreta y descarada, la ciudad se ha ganado la aureola de bella, abierta y tolerante. Por eso, para comenzar a conocerla y a gozar con ella, con cincuenta lugares basta. De momento.

JOAQUIM ROGLAN

La Diagonal moderna

CÓMO LLEGAR

Metro: L3 Zona Universitaria.

Bus: 33, 54, 60, 67, 74, 75, 113, L14, L97.

Nitbus: N12.

Tranvía T1. Francesc Macià.

La Diagonal fue un camino que salía de Barcelona; después, la carretera de Madrid y hoy es la gran entrada de la ciudad, que atraviesa y une antiguos municipios como Les Corts, Sarrià, Gràcia, Clot y Poblenou. Además, el tranvía que la enlaza con ciudades periféricas la convierte en un cómodo paseo. Con cinco veces más circulación rodada que la autopista que lleva de Cataluña a Francia, el inicio de esta gran avenida fue el territorio donde los romanos ubicaron sus villas de recreo, y durante la Edad Media eran campos de labor dedicados al cultivo de claveles. El único recuerdo de aquel entonces es la torre Rodona, que data de 1610 y se conserva detrás del Hotel Princesa Sofía. También hubo alfarerías, tenerías y posadas para diligencias, hasta que a mediados del siglo XIX aristócratas y potentados hicieron como los romanos y construyeron allí sus residencias de verano. Por entonces aún era un territorio poco poblado, alejado del centro de la ciudad y los barceloneses desconfiaban de acercarse a él.

Pero todo este tramo vivió una transformación radical cuando en 1924 se construyó el Palacio Real de Pedralbes, con un jardín diseñado por Nicolau María Rubió i Tudurí. Al rey Alfonso XIII le gustaba mucho, aunque decía que la bañera era corta para sus piernas. Pero a su esposa no, porque lo encontraba mucho más pequeño que el de Madrid. El Palacio Real provocó la prolongación de la Diagonal, ya concebida como un bulevar, hasta la plaza Francesc Macià, hoy rodeada de rascacielos de oficinas

y de casas señoriales, y convertida en centro neurálgico de la ciudad. El trayecto que va desde esta plaza hasta la entrada de Barcelona es actualmente la auténtica *city* moderna, el eje de los grandes negocios y el punto donde se concentran el poder económico, financiero y comercial. Sus principales símbolos son los dos rascacielos negros de La Caixa, el edificio de la editorial Planeta, las torres Trade, la torre Atalaia, el gran centro comercial de Illa Diagonal, el hotel Juan Carlos o El Corte Inglés, que se construyó sobre la antigua cárcel de mujeres. Muchos de esos edificios ostentan los más prestigiosos premios de arquitectura.

Esta zona de la Diagonal es también una ciudad universitaria dentro de la propia ciudad, ya que se concentran numerosas facultades, como las de Farmacia, Derecho, Económicas, Biología, Física, Química, Ingeniería, Arquitectura y otras. Muy cerca está el cuartel del Bruc, con cierto aire de castillo fuera de tiempo y de lugar. A lo largo de su historia, este tramo ha sido también escenario de carreras de coches, de desfiles civiles y militares, de un congreso eucarístico y ha cambiado siete veces de nombre, según los tiempos políticos que corrían. Junto a las más lujosas salas de fiestas de cada época, también nacieron allí desde el elegante Club de Polo, hasta el popular bocadillo llamado *biquini*.



Arriba: De camino romano a centro financiero de la "city".

Derecha: La vía más transitada de Cataluña tiene remansos románticos.



Petritxol

CÓMO LLEGAR

Metro: L3 Liceo.
 Bus: 14, 59, 91.
 Nitbus: N9, N12, N15.
 FCG: plaza de Cataluña.
 Bus Turístico: ruta roja y azul, plaza de Cataluña.

Breve y estrecha, la calle Petritxol es la más dulce de Barcelona. Abierta en el año 1465, un cura muy anciano compró al rey moro un camino que iba directo de su casa a la iglesia del Pi. El precio fue llenar de monedas de oro el tramo de la futura calle. Se dice que su nombre proviene de una bailarina que fue amante de Manuel Amat, virrey del Perú. Sea como fuese, muchas de sus fachadas son de los siglos XVIII y XIX, y en el año 1959 fue la primera calle peatonal y sin aceras de la ciudad.

Nacida para pasear, en Petritxol se ubicaron las primeras chocolaterías, confiterías y pastelerías, como la Dulcinea. Además de que hacían caramelos al aire libre, la pastelera Magdalena inventó aquí la popular magdalena. Su larga tradición manda comprar los postres de los domingos en esta calle, siempre llena de personas golosas.

Otro atractivo fueron sus estamperías, luego convertidas en librerías. Pero lo que le dio fama mundial fue la galería de arte Parés, inaugurada en el año 1840, pionera de Europa en la venta de arte y donde expusieron Picasso y otros pintores famosos. Luego, más galerías abrieron sus puertas y la calle se convirtió en rincón del arte pictórico y del arte de comer dulce. Muy célebre fue una desaparecida escultura que era la cara de un sátiro que indicaba un antiguo burdel. Por todo ello, Petritxol es el lugar más sensual a la hora de rondar entre la coqueta calle Portaferriosa y la mítica iglesia del Pi.



Arriba: El paraíso de los golosos.

Derecha: En la calle más dulce de la ciudad, nació la magdalena